

La juventud desde la perspectiva sociológica Carmela Chávez Irigoyen

Zaragoza y sus jóvenes de fin de siglo
Ángela López
Ayuntamiento de Zaragoza
Zaragoza, 1997

El interés de María Ángela López es hacer un estudio sobre los jóvenes de Zaragoza cubriendo los siguientes aspectos: su percepción acerca de la ciudad, sus hábitos de consumo y estudio, su diferenciación según edad y nivel social y las posibilidades que las instituciones públicas les brindan para su desarrollo personal y en sus propios colectivos. Para la autora, la ciudad es importante como espacio de ejercicio de libertad (actitudes, rutinas, comportamientos).

Son tres las «estructuras societarias» que López identifica en el quehacer juvenil:

- la familia, que potencia o recorta las formas de vida; constituye también el primer círculo de socialización;
- las instituciones educativas, que estructuran los tiempos colectivos, marcando rutinas y círculos de pares cercanos (redes), al mismo tiempo que crean «inercias de acción» (tiempo libre); y
- las redes de acción colectiva, creadoras de subculturas juveniles, que se articulan alrededor de los barrios, las parroquias, los grupos de pares, creando una identidad y un imaginario común.

Al abordar el estudio de estas tres esferas en que se desarrolla la dinámica juvenil, López se fija especialmente en los lazos de inclusión o aislamiento de cada una de ellas, así como el tratamiento de la competitividad, el ocio y la solidaridad. Lo peculiar del mundo juvenil no reside solo en la formación de redes alternativas a las del mundo adulto, sino en que constituye un universo de identidades aún no insertadas del todo en la estructura social, de identificación generacional con el grupo de contemporáneos, que está a su vez cruzado por una identidad de clase y de género.

En el intento de los jóvenes por insertarse en la dinámica social hegemónica, el trabajo es una variable fundamental. La necesidad de inserción al mundo laboral se presenta ante los sentidos comunes de los jóvenes como principal preocupación produciendo angustia y tensión. Las instituciones educativas marcan las posibilidades que tendrán los jóvenes.

Con respecto a la percepción sobre su ciudad, los jóvenes de Zaragoza la sienten como un espacio acogedor, que goza de los beneficios de los servicios modernos pero sin haber perdido su espíritu de pueblo pequeño. Así por ejemplo, señalan que a diferencia

de las grandes ciudades, donde prevalecen las relaciones impersonales entre sus habitantes, se mantiene lazos familiares y vecinales que permiten una rápida identificación de la población.

Los tiempos libres juveniles (llamados «tiempo generacional» por López) transcurren fuera de los espacios formales (familia, instituciones educativas), suponiendo la creación de redes peculiares, nuevas, basadas en la afinidad. Para López, la ciudad es un lugar donde las formas de vida se proyectan a través de prácticas de apropiación del espacio. Esta forma de hacer a la ciudad parte de la vida cotidiana significa que no solo el espacio «está allí», sino que su recorrido da lugar a imaginarios juveniles, a disposiciones y lógicas de acción. Así, se cristalizan tres lógicas de acción fundamentadas en distintas orientaciones frente a la vida:

- De la libertad/expectación. Se da sobretodo en los jóvenes menores de 18 años que constituyen grupos donde el encuentro de sí mismo es fundamental y donde se va tejiendo una identidad aún no fija que se fortalece a medida que se descubre a la ciudad, y sus habitantes, en rutinas diarias de paseo y exploración.

- De acceso al mercado de bienes y servicios. Marcado por la etapa post-universitaria (que empieza generalmente a partir de los 24 años), esta lógica da cuenta de la «ganancia o pérdida» de distinción (méritos para definir status) por el acceso a bienes de consumo; ejercicio que implica competitividad y seguridad en los hábitos coti-

dianos (la lucha por el día a día). Se da una marcada diferenciación por clase a la que se pertenece.

De ciudadanía. Busca encontrar modos propios de participación marcados muy fuertemente por elementos altruistas de cooperación y preocupación por «el otro». Esta lógica se manifiesta lejos de las alternativas institucionales o públicas, donde la distribución del tiempo libre busca crear lazos de solidaridad con otros sectores de la población.

Una pregunta que nos deja esta división en lógicas de acción es qué pasa con los jóvenes que no se encuentran entre los dos primeros grupos. Según parece existe una diferencia entre tener menos de 18 años (etapa de la expectativa) y algo más de 24 (edad en la que se va entrando en la del consumo). ¿Qué pasa entre ambos periodos de tiempo? Es un punto aún por discutir. Además, no queda clara una diferenciación entre lo que viene a ser el uso del espacio y la creación de imaginarios, de identidades juveniles parciales si vale el término. Cada una de éstas lógicas da lugar a percepciones diferentes del mundo que los rodea y de las expectativas en la vida personal.

López propone en su texto, que junto con la variable generacional, los jóvenes hacen también una distinción por clase, diferenciando y diferenciándose en su relación con los «otros». Se hace así una distinción entre dos grupos básicos. Si bien nos parece acertada esta distinción, metodológicamente surge una limitación en la diferenciación de estos grupos. Por un lado, se habla de jó-

venes de clase media, universitarios en su mayoría; y por otro, de chicos calificados como «fracaso escolar» y pertenecientes a clases populares. ¿No existen universitarios de sectores populares? ¿No hay jóvenes de clases medias que no opten por la universidad? Esto no queda claro.

GRUPO DE ESTUDIOS TÉCNICOS

Los jóvenes de clase media

Este grupo está conformado en su mayoría por estudiantes de secundaria o que cursan estudios superiores. Estos jóvenes se autoperceben como habitantes temporales de la juventud, y ven la independencia económica como el mayor de sus retos; única forma posible de lograr autonomía frente a lo que significa la casa familiar y la autoridad paterna. La ciudad es percibida como un espacio anónimo que debe ser recorrido, y cuyos caminos transcurren de la casa al centro de la ciudad; Zaragoza vista como una ciudad unida por redes de comunicación físicas y sociales, donde los diferentes grupos de pares reproducen signos de diferenciación e identidad.

Las principales críticas al mundo de los padres se dan en su falta de idealismo, de la poca coherencia al hablar de igualdad (¿acaso los jóvenes tienen los mismos derechos que los adultos?) Y por el tipo de vida que llevan (estrés, poco tiempo para descanso, etcétera). En la postura de estos jóvenes se percibe una búsqueda de consumo cultural en las prácticas de salida fuera de casa, ceremonia que cumple una función de autoafirmación por la distancia frente a la tutela que significan los padres. Así, el estado «deseado»

al cual se aspira es aquel donde se ha logrado la ansiada emancipación con respecto a la familia y a la figura paterna que la dirige. La salida constituye este espacio simbólico de reto al mundo adulto: los primeros signos de independencia son medidos en relación con los horarios permitidos de andar fuera de casa.

Sin embargo, esta distancia con el mundo adulto no genera necesariamente un sentimiento de ruptura radical. Por el contrario, se busca negociar pues se comparte con los padres un universo cultural común (de clase) basado en la recompensa según méritos y valores.

Otra figura relevante es el del *bohemio*. Alguien con inclinaciones artísticas (cine, fotografía, música) que entabla una relación de tensión con respecto a las pautas de consumo establecidas en su comunidad: creando formas propias de vida (horarios nocturnos de actividad, lugares especiales de reunión, estética particular), buscando redes sociales que le permitan mantenerse en la esfera juvenil.

GRUPO DE ESTUDIOS TÉCNICOS

Jóvenes de sectores populares

Identificados como aquellos que han seguido estudios técnicos en talleres ocupacionales (resultado del *fracaso escolar*) o que no los han tenido y que de alguna manera están insertos en el mundo laboral. Este grupo está muy marcado por la cultura *heavy*, que se constituye en una suerte de subcultura juvenil con características propias: resistencia pacífica ante el sistema, contra el autoritarismo y los militares.

La experiencia espacial de la ciudad es el resultado de largos paseos (generalmente a pie) por

las calles. El espacio es visto como un territorio ocupado por los «nuestros», por aquellos que ejercen las mismas rutinas deambulantes. Cada zona pierde su nombre oficial para contar con uno impuestó; uno otorgado a raíz de las experiencias individuales y colectivas en el uso de la ciudad.

En cada miembro del grupo se crea un estado de ánimo, de expectación de los otros, de contemplación de la ciudad, de formación de una identidad de libre-paseantes. Al mismo tiempo, se generan prácticas de concentración entre «iguales» que tienden a excluir nuevos contactos, siendo la tendencia acentuar los valores ya adquiridos.

La relación con el mundo de los adultos se da fuera de casa: es en la calle donde se negocian las identidades, se afirman y comparan. La ciudad se convierte en la casa de todos, en el sitio común de encuentro de los cercanos. Hay que tener en cuenta que hablamos de jóvenes con una vida familiar tensada por el desempleo y la escasez de la economía familiar, así como la carga de un «fracaso escolar» que limita sus expectativas a futuro. Se respeta la autoridad paterna en la casa familiar, se acepta la condición de hijo (ser dependiente de los padres, económica y afectivamente, y que aún mantiene lazos de obediencia frente a su autoridad), pero se siguen buscando alternativas para el desarrollo personal; espacio que se encuentra generalmente en el círculo de amigos cercanos (búsqueda de autonomía). Hay que tener en cuenta que estas dinámicas juveniles están profundamente marcadas por la inserción en el sistema educativo.

Conclusiones

La ciudad se convierte progresivamente en el espacio para crear lazos simbólicos, los espacios toman nombre propio y ya se sabe quiénes van a dónde. Por ejemplo, entre los jóvenes populares hay prácticas de acercamiento a zonas tachadas de ricas, donde saben que no son bien recibidos por su aspecto y lugar de origen, en una búsqueda de desafío del otro. Estos jóvenes se saben poco aceptados por los adultos de clase media pues son criticados la falta de empleo, la música que escuchan y su estética (cabello largo, ropa oscura).

Los jóvenes de sectores populares no aspiran a llevar la vida que llevaron sus padres. Piensan que su esperanza de vida será menor a la de ellos, considerando continuamente el riesgo de las enfermedades modernas (SIDA, cáncer) y la escasez en que viven.

En ambos casos, los jóvenes de clase media y los de origen popular, se percibe una creación de identidad individual a través de la experiencia colectiva, de la compañía de los «iguales» y se apunta a la creación una comunidad juvenil propia. Ambos grupos reconocen a la ciudad como el lugar perfecto para el anonimato, como la posibilidad de crear una personalidad colectiva propia, lejana del mundo adulto que critican y sienten lejos.

Otro punto que sería relevante debatir con la autora es esta identificación entre cultura *heavy*, jóvenes de sectores populares y una historia de fracaso escolar. ¿Existe una coincidencia necesaria entre estos tres aspectos? ¿O su encuentro es «casual» en el

entorno juvenil? En todo caso, sería posible hablar de la formación de una subcultura juvenil particular marcada por gustos musicales determinados, por una estética definida y que tendría como referente una búsqueda de reconocimiento e identidad con un colectivo.

También se comparte un sentimiento profundo de incertidumbre frente al futuro, lo que lleva a vivir el presente sin proyecto, y colocando a las experiencias cotidianas como la única realidad que merece preocupación. La inserción al mundo laboral puede ser también parte de temores pues es fundamental para lograr la ansiada autonomía (contar con fondos propios).

Las necesidades más perceptibles son las de vivienda propia, educación y empleo, caminos que llevan a la libertad y la autonomía de los jóvenes como sujetos. Se aceptan las leyes macro de la sociedad (mercado y competitividad), al mismo tiempo que se las siente ajenas y son vistas con temor.

Relevancia del texto para el caso peruano

En el Perú de fines de los noventa, los jóvenes constituyen uno de los sectores de la población más importantes para el análisis social. La creación de subculturas juveniles (los subtes, las pandillas, las barras) y de círculos propios de participación (espacios delimitados en la ciudad, en organizaciones como parroquias o clubes deportivos) no puede escapar de una reflexión acerca de cómo nos vemos como sociedad y con qué espacios cuentan los jóvenes para su desarrollo. Problemas como la falta de empleo, las pocas oportunidades de acceder a una educación superior de calidad y la nece-

sidad de aportar a la economía familiar, marcan muy fuertemente las expectativas en la vida cotidiana de los peruanos de 18 a 25 años.

¿Qué nos diría María Ángela López al respecto? ¿Cómo se mueven los jóvenes peruanos en estas tres lógicas? Un análisis de los discursos juveniles nos podría empezar a dar pistas acerca de cómo viven estos jóvenes y de qué esperan para sus próximos años. Muchas veces la premura por conseguir un salario, o una carrera rápida que prometa beneficios en corto tiempo, determina las decisiones.

Al mismo tiempo, son los jóvenes de clase media los que más posibilidades tienen de elegir: la propagación de universidades de todo tipo (humanistas, técnicas, con carreras de «punta») permiten un bagaje más amplio de opciones. ¿Qué elegir? Tal vez la que sintamos más cercana a nuestro medio, la que mejor estatus prometa, la que acredite que sí valemos. Es como si cada vez el sistema competitivo en el que nos encontramos exigiera más de nosotros, siendo una tentación convertirnos en una suerte de mercancía, que entrará en competencia y debe estar preparada para el éxito y para destacar. Cada día todo es más rápido; lo vemos en los medios, en las calles, en los discursos de nuestros padres. ¿Cuánto tiempo nos podemos realmente tomar? En términos de López: ¿cuál es el límite en la búsqueda de bienes que nos distingan, para no quedar atrás? Es por ahí que siento que los aportes de esta autora son fundamentales para pensar sobre nuestra realidad y los verdaderos espacios con que cuentan los jóvenes para su desarrollo integral como ciudadanos libres, capaces de tomar decisiones y asumir responsabilidades.